



Finkel, Don. (2008). *Dar clase con la boca cerrada*. Traducción de Óscar Barberá. Valencia: Publicacions de la Universitat de València (1ª ed. inglesa, 2000).

292 págs.
ISBN: 9788437068602

Reseñado por Alberto Luis Gómez y Jesús Romero Morante
Departamento de Educación, Universidad de Cantabria.

19 de agosto, 2009



De Percepciones Culturales, Grandes Profesores y Estructuración de la Docencia: Los Silencios Formativos de Don Finkel

Desde hace ya largo tiempo, y tomando como ejemplo el mundo estadounidense, diversas editoriales patrocinan la edición de títulos que ofrecen a los lectores historias selectivas de buenas prácticas de enseñanza universitaria. Una de estas manifestaciones –a la que ya prestamos atención en una amplia reseña que puede consultarse en (<http://edrev.asu.edu/reviews/revs230index.html>) fue *Lo que hacen los mejores profesores de universidad*, obra firmada por Ken Bain y publicada por la Universitat de València en el año 2005. Cuatro años más tarde, y de la mano del mismo traductor (Óscar Barberá), la institución valenciana saca al mercado un nuevo libro en el que, si bien un modo más centrado en su amplia experiencia personal, Don Finkel analiza de modo crítico el entendimiento de la docencia defendido por el Gran Profesor –para quien la enseñanza es contar cosas a los alumnos con mayor o menor

apasionamiento y elocuencia— en un trabajo con una finalidad básica: “involucrar a los lectores en una conversación sobre educación”, ofreciendo “*reflexión* acerca de las múltiples maneras en que se puede planear la docencia” (pág. 27).

Su estructura interna podría dividirse en dos bloques: uno principal y otro complementario. El primero de ellos, o cuerpo central, se articula en torno a nueve capítulos. El segundo —introducción, prólogo, prefacio, apostilla final, bibliografía e índice temático— incluye una valiosa información para entender con mayor profundidad la peculiaridad del autor y la especificidad del trabajo que se ofrece a los lectores.

La relevancia de las aportaciones de Don Finkel —que, además de en otras instituciones, enseñó en el *Evergreen State College* de Olympia (Washington) desde 1976 hasta su fallecimiento en 1999, dos años después de haber puesto sus reflexiones “juntas en un todo coherente” (pág. 273) y tras decidir hacerlas públicas en el libro que ahora nos ocupa—, se manifiesta en la autoridad del firmante de la introducción, Ken Bain, una de las personas que más se han preocupado por la búsqueda de la excelencia docente, tal como se señala en la reseña citada y en una nota del traductor. Justamente por ello, y después de apuntar cómo se ha pasado de un entendimiento narrativo de la enseñanza a otro donde lo principal es “fomentar el aprendizaje de otra persona” y promover la participación de los estudiantes en un proceso constructivo dentro del cual puedan “cuestionar sus paradigmas en vigor y formar otros nuevos” (pág. 13), este especialista expone cómo, con la creación de entornos estimulantes, el estudio de su colega sirve para que los discentes se comprometan con el aprendizaje profundo. Desde un punto de vista más personal, ya que impartió clases con él en el mismo centro entre 1976 y 1981, Peter Elbow resalta cómo las reflexiones de Don Finkel —que había enseñado en siete universidades diferentes— estimulan la reconsideración de las prácticas docentes utilizando la palabra como “materia prima” para crear en las Facultades “experiencias de aprendizaje genuino” (pág. 19). Un escueto prefacio firmado por el autor cierra estos prolegómenos resumiendo la finalidad básica de esta obra (“no es tanto reformar la educación como promocionar un diálogo fructífero sobre enseñanza y aprendizaje entre personas que tienen algo que decir en educación”) y sus destinatarios (“cualquiera que tenga interés por la educación”). Además, el estudioso norteamericano exteriorizaba sus puntos de vista no tanto “para cambiar la manera de pensar de las personas” sino, sobre todo, “para intentar que los lectores entren en una conversación sobre educación”. Todo ello desde una profunda convicción, a saber, que “la enseñanza puede tener lugar en ausencia de Narración” (págs. 27-29).

En el primer capítulo —*Dar clase con la boca cerrada*— se comentan las preconcepciones acerca de lo que hace —dar clase con la boca abierta— un docente al que, muchas veces, se le ve como un actor. El modelo natural de impartir clase es narrar, precisamente porque el aprendizaje se entiende más como absorción de una información específica —suministrada a través de un discurso elocuente por el Gran Profesor— y menos como desarrollo de la comprensión de los discentes. Puesto que para Don Finkel la buena docencia está conectada con el aprendizaje relevante de terceras personas, este especialista nos señala el objetivo básico de su libro: problematizar nuestras presunciones no sometidas a examen sobre la docencia. Con el título sugiere a los lectores “que hay más formas de enseñar bien además de las que están incluidas en nuestra imagen cultural del Gran Profesor” (pág. 45). En cada capítulo se analiza un caso concreto o situación de enseñanza en la que se realizan actividades marcadas por una meta básica: la consecución de aprendizajes significativos por parte de los alumnos.

Dejar que hablen los libros —capítulo segundo— sirve al propósito del estudioso norteamericano para resaltar que la lectura personal de algunos (buenos) libros —*La Iliada* de Homero, *Edipo Rey* de Sófocles, *Las guerras del Peloponeso* de Tucídides, los diálogos socráticos de Platón, grandes obras de teatro de Shakespeare o *Beloved* de Toni Morrison— es altamente formativa, puesto que ciertas obras “pueden proporcionar a los estudiantes una educación sin necesidad de que un profesor les explique cuál es su significado” (pág. 74).

Los docentes pueden también dar la iniciativa a los alumnos –*Dejar que hablen los estudiantes*, capítulo tercero– organizando seminarios de lectura en los que, tras haber leído con detenimiento lo acordado previamente, los discentes discuten sobre un texto sin que un experto les aclare su significado.

En *Vamos a indagar juntos* –capítulo cuarto– se muestra cómo podría organizarse una materia no tanto en torno a su contenido tradicional como en relación con una cuestión problemática. Esta reorganización curricular modifica los aspectos de la vida en el aula, refuerza la estrategia de enseñar con la boca cerrada y, además (véanse las páginas 120-121), ayuda a los estudiantes a desarrollar variadas competencias: análisis de argumentos lógicos, formulación de preguntas útiles sobre textos complejos, detectar la ironía, criticar constructivamente los ensayos escritos por sus pares, conversar crítica y civilizadamente con compañeros de estudio sobre textos complejos y provocadores, etc.

El aprendizaje y la escritura están fuertemente relacionados y, por ello, Don Finkel señala al final del capítulo cuarto cómo “sólo transformando su pensamiento tenue y emergente en palabras firmes y claras escritas sobre el papel serán capaces (los aprendices) de considerar lo que piensan conforme lo están pensando” (pág. 117). Las posibilidades que tiene un profesor de hablar por medio de la escritura manteniendo la boca cerrada se abordan en el capítulo quinto (*Hablar con la boca cerrada: el arte de escribir*). A modo de ejemplo el autor del libro comenta a partir de la página 134 tres diferentes formas de “enseñar con la escritura” en una clase organizada en torno a actividades que posibiliten la creación de una comunidad de escritores en una asignatura.

En el capítulo sexto –*Experiencias que enseñan: crear esquemas para el aprendizaje*– y en un breve apéndice incluido a continuación se muestra cómo puede ponerse el razonamiento del profesor a disposición de los estudiantes en los “talleres conceptuales”. En ellos el profesor abandona su posición central trabajando con sus alumnos en pequeños grupos sobre problemas muy concretos –otra manera de dar clase con la boca cerrada– y, “en lugar de mediar entre los estudiantes y el material, pone a los estudiantes en contacto directo con el material, apartándose a un lado para permitir un contacto directo. La clase ahora parece un conjunto de ruedas pequeñas: los estudiantes aún constituyen las llantas, pero ahora el material intelectual está en el eje” (pág. 177).

A continuación, y en el importante capítulo séptimo –*Negarse a “dar clase”: separar poder y autoridad en el aula*–, Don Finkel señala la manera en que un enseñante puede convertir la constatación de esta diferencia en un poderoso instrumento educativo al renunciar precisamente a dar a sus discípulos lo que más desean de él. Entre los motivos por los que un profesor se negaría a dar clase (con la boca abierta) Don Finkel apunta tres: la importancia de que, en el contexto de un aprendizaje por descubrimiento, los alumnos dispongan de un foro en el que puedan plantearse sus propias cuestiones; la necesidad de que los estudiantes desarrollen su propia capacidad como grupo sin depender de su autoridad; y la conveniencia de que los discentes aprendan a gobernarse por sí mismos. La discusión de una obra semanal –bien preparada previamente– sería la única regla de unas clases en las que, de modo expreso, el docente renuncia a ejercer un poder entendido como capacidad de hacer que las cosas ocurran. Dar clase con la boca cerrada significa negarse a hacer una labor que tiene que ser desarrollada por los alumnos y, junto a ello, es un proceder del todo adecuado en sociedades cuyo fin es la democracia. Para que no haya malentendidos el autor norteamericano precisa claramente al final de este capítulo que su propuesta “exige encontrar cien maneras distintas de permitir que los estudiantes asuman poder por ellos mismos, de que se responsabilicen de ellos mismos y de su educación. Pero en ningún caso significa abdicar de la autoridad sin la cual uno no puede ser un profesor. *Separar poder de autoridad se encuentra entonces en el mismo núcleo de dar clase con la boca cerrada*. Es la clave para transferir el poder de las generaciones más viejas a las más jóvenes. Es la distinción fundamental sobre la que descansa el *desarrollo* de la democracia” (pág. 219).

Tomando como punto de partida ideas contenidas en *Educating for Freedom: The Paradox of Pedagogy*, una obra publicada en el año 1995 y redactada con Bill Arney, en el capítulo siguiente –*Dar clase con un colega*– nuestro autor explica su entendimiento de la enseñanza colegiada como algo diferente a la enseñanza en equipo. Cinco criterios o indicadores distinguirían a una docencia de este tipo: *igualdad* de los profesores en lo que al respeto mutuo se refiere (y no en edad, categoría administrativa, cosmovisión, etc.); *diferencia* entre los docentes, si bien deben estar interesados el uno en el otro; actuación ante sus estudiantes más como *colegas intelectuales* que como profesores cuya tarea fundamental es la gestión de un curso; la materia ha de articularse en torno a la *indagación*, es decir, que la labor básica de los enseñantes no es la transmisión de un currículo predeterminado sino la conversación a dos bandas sobre un asunto cuyo conocimiento interesa a ambos; finalmente, ambos profesores deben *pensar sobre sus estudiantes de una forma nueva* e imaginárselos como auditores y participantes de la (y en la) conversación colegiada.

Tomando como punto de referencia ideas contenidas en *Democracia y educación*, un clásico trabajo de John Dewey publicado en 1916, en el capítulo final –*Conclusión: proporcionar experiencia, provocar reflexión*– se reivindica la contribución de la labor del docente a la formación del alumno poniendo en marcha procesos que le proporcionan experiencias y reflexiones sobre la misma. D. Finkel defiende el valor formativo de la lectura de grandes libros y de la escritura como generadoras de reflexión y de experiencia. Y, debido a la preponderancia del papel del profesor, nuestro autor vuelve a señalar las insuficiencias de la narración para producir cambios relevantes en el comportamiento humano. Ser conscientes de ellas es relevante pues si bien es cierto que los profesores no están del todo condenados a enseñar de la misma manera en que ellos mismos se formaron, no lo es menos que “deben hacer un esfuerzo vigoroso y continuado para salirse del antiguo molde” (pág. 258). Don Finkel entiende su obra como herramienta que, al plantearse preguntas acerca de lo que culturalmente entendemos como “grandes profesores” y “magnífica docencia”, podría tener un impacto generador de una nueva conciencia en un doble sentido: modificar nuestras ideas sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje y ayudar a poner en marcha procesos transformadores de nuestras prácticas de aula.

Quienes nos hayan seguido hasta aquí recordarán que al inicio de nuestros comentarios mencionamos genéricamente una reseña de *Lo que hacen los mejores profesores de universidad*, un libro publicado en lengua inglesa hace ya un quinquenio. La cita no es casual ya que, en nuestra opinión, la mirada de Don Finkel tiene mucho en común con la de Ken Bain: tanto en lo que se refiere al entendimiento liberal –en un sentido amplio– de la cultura como en lo relacionado con la defensa de una orientación académica –si bien en la versión *comprensiva*– del currículum. Como es sabido, dentro de este –ya clásico– enfoque la competencia profesional del docente se apoya no solamente en el dominio semántico y sintáctico de su materia sino, sobre todo, en su capacidad para facilitar el aprendizaje significativo en sus alumnos de las estructuras disciplinares básicas. Dentro de esta cosmovisión educativa, que enlaza con muchos de los *viejos* principios de la escuela *nueva*, adquieren un nuevo sentido las palabras (de los alumnos) y, sobre todo, los silencios de unos profesores que, saliéndose del arcaico molde en el que fueron formados, deberán aprender a participar en la creación de entornos favorables para que surjan aprendizajes genuinos entre unos alumnos que habrán de dejar de lado su tradicional mudez e implicarse en su propio proceso de maduración mediante la toma de la palabra en actividades colectivas y la escritura.

En un momento en el que se están elaborando en España planes de estudio siguiendo las directrices de las nuevas titulaciones de Grado y Postgrado que reorientan fuertemente el futuro de la formación inicial de –entre otros– maestros y maestras, es evidente que la reflexión sobre las ideas-fuerza que articulan la visión de la enseñanza ofrecida por Don Finkel no deja de tener su utilidad. Pese a ello, y dejando de lado la existencia de otras aproximaciones

conceptuales, no debe olvidarse tampoco que los discursos teóricos y las propuestas que se derivan de ellos cobran fuerza en el contexto de las situaciones estructurales de enseñanza existentes en los distintos países. De todos modos, la intención del libro que nos ocupa – involucrar a los lectores en una conversación sobre educación– es harto pertinente. Y, desde luego, su lectura, hace pensar no sólo sobre el sentido de lo que hacemos cotidianamente en el aula sino también acerca de lo que podríamos construir con nuestros estudiantes en el futuro.

Acerca del autor del libro: Don Finkel se doctoró en 1970 e inició su tarea docente como profesor ayudante de psicología en la Universidad de Washington. Entre 1976 y 1999 –año de su fallecimiento– enseñó en el Evergreen State College (Olympia, Washington). Junto a William Ray Arney es coautor de *Educating for Freedom: The Paradox of Pedagogy* (Rutgers University Press, 1995).

Acerca de los autores de la reseña: **Alberto Luis Gómez** (Bilbao, 1946) es profesor titular de Didáctica de las Ciencias Sociales en el Departamento de Educación de la Universidad de Cantabria (España). Desde hace largo tiempo se interesa por la historia del currículum como vía de acceso al estudio de la configuración de principios organizadores para la enseñanza de distintas materias curriculares en niveles no universitarios. Pertenece al grupo *Asklepios*, integrado en la Federación *Icaria*, y a la Sociedad Española de Historia de la Educación (S.E.D.H.E.). E-mail: luisal@unican.es

Jesús Romero Morante (Mannheim, 1968) trabaja en la Facultad de Educación de la Universidad de Cantabria (España) como profesor titular de Didáctica de las Ciencias Sociales. Es miembro del grupo *Asklepios* y de la Federación *Icaria*. Entre 2000 y 2001 permaneció como *fellow* en el *History Education Centre* de la Universidad británica de Exeter. Es autor de diversas publicaciones sobre la utilización educativa de las nuevas tecnologías en la enseñanza de la Historia y sobre la sociogénesis del currículum social. E-mail: romeroj@unican.es.

Reseñas Educativas/ Education Review publica reseñas de libros sobre educación de publicación reciente, cubriendo tanto trabajos académicos como prácticas educativas. Todas las informaciones son evaluadas por los editores:

Editor para Español y Portugués

Gustavo E. Fischman
Arizona State University

Editor General (inglés)

Gene V Glass
Arizona State University

Editores de Reseñas Breves (inglés)

Melissa Cast-Brede
University of Nebraska at Omaha

Las reseñas son archivadas y su publicación es divulgada por medio de una listserv (EDREV). Reseñas Educativas es firmante de la Budapest Open Access Initiative.

